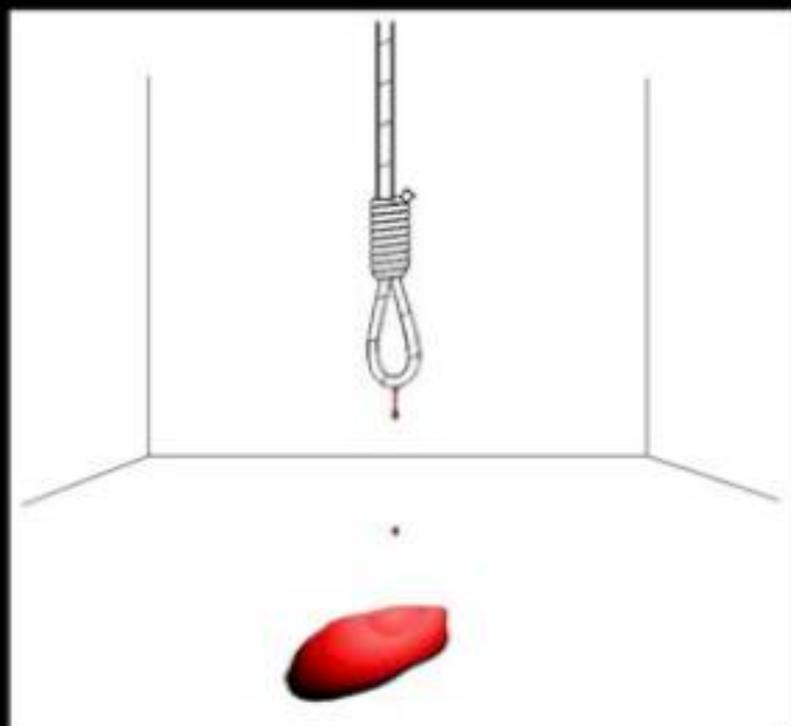


# UN CRIMEN TERRIBLE



Simón Fuentes

# UN CRIMEN TERRIBLE

Simón Fuentes

Todos los derechos reservados.

## ÍNDICE

1. LA ESCENA DEL CRIMEN
2. EL CASO
3. DANIEL
4. LA LISTA
5. CRISTIAN
6. CRISTINA
7. EL CACIQUE
8. LAURA
9. EL CONCEJAL
10. ANDREA
11. PERSECUCIONES
12. COMPLICACIONES
13. ANÁLISIS POLICIALES
14. ACCIONES ARRIESGADAS
15. LA CASA DEL CONCEJAL
16. LA PITONISA
17. BRANKOVIC
18. AJUSTES DE CUENTAS
19. EL ÓRDAGO

20. EL NUEVO REY

21. UNA NUEVA LÍNEA

22. UNA ENTREVISTA TENSA

23. EXCULPADO

24. TRAICIONADO

25. CULPABLE

## 1. LA ESCENA DEL CRIMEN

Dicen que estar colgado boca abajo es por sí solo un auténtico suplicio. El cuerpo oscilaba como un péndulo en esta posición, atado por los pies a una soga que se apoyaba en una viga del techo. Las manos se encontraban atadas a la espalda, evitando toda posibilidad de evasión del hombre mientras estuviese vivo. Tenía la ropa hecha jirones, al parecer para acceder con mayor facilidad a ciertas partes de su anatomía. Había detalles realmente escabrosos en la escena: El desgraciado tenía los ojos arrancados de su lugar natural y metidos en la boca. Tenían sitio, pues la lengua estaba cortada prácticamente de raíz, mientras que los genitales aparecían posados en el suelo a pocos metros del sujeto que se balanceaba suavemente en mitad del garaje. La sangre había escurrido profusamente por el tronco del hombre, no permitiendo distinguir si existían más heridas en esta zona del cuerpo. Sin embargo, se apreciaba un corte en el cuello, que seguramente era el principal causante del charco rojo carmesí que había en el suelo.

La policía tomaba fotografías antes de descolgar el cadáver. Yo había conseguido acercarme al lugar gracias a la información de mi amigo Daniel, que trabaja en la comisaría de León y después de convencer a otro agente de que yo era amigo del fallecido, aunque eso era, si no una mentira, desde luego sí una exageración. A pesar de ello, no me fue posible franquear el cordón policial que había en torno a la casa. El hombre que era protagonista de las macabras fotografías era un investigador privado, igual que yo, motivo que me empujó a acercarme hasta su casa en cuanto me enteré de que lo habían encontrado muerto en circunstancias extremadamente violentas. No tenía una amistad particularmente entrañable con él, ni habíamos trabajado juntos en ningún caso, ni siquiera recuerdo haber cruzado más de

dos palabras seguidas con él, sencillamente sentí una morbosa curiosidad por el trágico desenlace de la vida de un colega.

Debo decir que a pesar de considerarlo colega, no era exactamente como yo. Se sabía en nuestro mundo que no era trigo limpio. Estaba considerado como un investigador sucio. Alguien más fuera que dentro de los márgenes de la ley. Por eso tampoco ha sido una verdadera sorpresa esta noticia, aunque no dejan de impresionarme la brutalidad y la saña empleadas en el crimen.

Como estoy a unos cuantos metros de la cochera del desafortunado Bruno, no distingo con claridad los detalles de la escena. Para conocer algunos de ellos tengo que valerme de los comentarios que van saliendo de las bocas de la gente que se agolpa a mi alrededor, vecinos a los que la policía no puede mantener todo lo apartados que quizá quisiera. Uno incluso tiene unos prismáticos que ha traído de su casa, que está muy cerca de la del fallecido. Le pido educadamente que me los preste un momento, gracias a lo cual puedo apreciar todo lo que estoy describiendo.

Durante el breve momento que mi educación y la paciencia del hombre me permiten observar la escena con los anteojos, me llama la atención lo bien colocados que se encuentran los miembros amputados en el suelo, frente al cadáver. Mi mente de investigador empieza a elucubrar. Tal vez cortarle los genitales a un hombre maniatado y que cuelga del techo no sea muy complicado, pero cortar la lengua sí parece entrañar muchas dificultades. La víctima no iba a facilitar la tarea y seguramente cerraría la boca y mordería la mano que tratara de penetrar en ella, si es que se encontraba vivo en aquel momento. Me pregunto cuántos agresores cometieron la acción y en qué circunstancias. La cuerda que sostenía al cadáver pasaba por encima de una viga de madera y su extremo estaba atado a la manilla

de una ventana. El otro extremo se enrollaba alrededor de los tobillos del sujeto.

Llegado un determinado momento, un hombre descendiendo de un vehículo escoltado, entra en la cochera, habla con varias de las personas que se encuentran allí dentro y poco después la policía cierra la puerta del garaje. Supongo que se trata del juez y que ya han hecho suficientes fotografías y se disponen a descolgar el cuerpo para examinarlo, recoger nuevas pruebas y llevárselo para una autopsia. Considero saciada mi curiosidad y me voy del lugar en cuanto el blanco de la puerta metálica, ya bajada, oculta todo lo que sucede en el interior. Es una suerte que ya haya cenado, porque si no, seguro que me sentaría mal la comida. No obstante, estoy seguro de que esa noche tendré pesadillas. Decido hacer tiempo y despejar la cabeza llamando a mi amiga Cristina para ver si quiere tomar algo y hablar un rato. Por desgracia, no me contesta. Seguramente es demasiado tarde y está acostada. Mala suerte; tendré que irme al bar yo solo.

## 2. EL CASO

Dos días después del horrible suceso que conmocionó, no solo a la ciudad, sino al país entero, recibo una llamada telefónica. Es una suerte porque con esta maldita crisis la gente también está ahorrando en detectives privados. Ya sé que somos caros pero nadie nos menciona entre los damnificados de esta situación nefasta para casi todos y desde luego la padecemos como el que más. Cuando el dinero escasea, la necesidad de obtener información también, en detrimento de otros artículos más básicos, imagino. En fin, supongo que siempre estaremos en el lado oscuro, en ese anonimato tan vital para desempeñar nuestro trabajo. Como digo, me alegro de recibir la llamada porque técnicamente me encuentro en el paro, sin ningún trabajo pendiente. Así que me pongo mis galas de investigador, con un traje, zapatos y camisa que me hacen parecer un detective de una película de Hollywood y dado que quien me ha telefoneado es una mujer, me aplico un poco de colonia Máximo Dutti, que por experiencia sé que te hace parecer elegante a las narices de todas las mujeres.

Me subo en mi Renault megane blanco, un vehículo escogido tanto por su precio asequible como, según dice mi parte profesional, por su discreción, y acudo a la cafetería en la que he quedado. Aparco sin problemas y entro en el local, de iluminación discreta, muy apropiado para esta cita. Echo un vistazo rápido y al momento mis ojos se posan en una señora que está sentada a una mesa, un poco apartada del resto de la gente. Es rubia, aunque probablemente no sea su color natural, no lo distingo de lejos, lleva unas gafas de sol sobre la cabeza y un jersey blanco de punto. Ella me mira a mí y mutuamente nos hacemos una pequeña seña de interrogación y presentación. Debe ser la persona a la que busco.

–Hola, ¿eres Esther? –le pregunto.

–Sí. Tú debes ser Simón.

–El mismo. Encantado de conocerte.

–Igualmente. ¿Qué quieres tomar? –me pregunta. Como no quiero parecer un alcohólico, tengo la costumbre de no beber cuando quedo con mis clientes, así que normalmente pido un zumo, ya que un refresco me hace sentir un poco infantil. La maldita imagen es una tirana que nos mantiene en tensión toda nuestra vida.

–Un zumo de melocotón.

Esther llama al camarero y le pide el zumo. Al parecer está dispuesta a correr ella con los gastos desde ese preciso momento. Esa es una buena señal para mis bolsillos, no porque pretenda aprovecharme de su generosidad como un gorrón, sino porque la gente que no espera a ver si te ofreces tú primero a pagar, no suele dar problemas a la hora de hacer efectivo el precio convenido por los trabajos.

La mujer no habla; parece pensar, así que después de unos instantes rompo el hielo yendo directamente al grano:

–Tú me dirás.

–Sí. Estaba esperando a que te trajeran la bebida para que no nos interrumpieran.

–Perfecto. Esperaremos entonces. ¿Eres de León?

Pienso que tal vez debería abstenerme de hacer preguntas a los posibles clientes y mostrarme como un tipo duro y exento, en cierto sentido, de humanidad, igual que en las películas, pero hay una parte de mí que siempre está haciéndose preguntas y fijándose en todo y a esa parte es a la que estoy dejando actuar. Ella no se molesta porque enta-

ble conversación mediante ese pequeño interrogatorio y me responde.

–No. Soy de Barcelona.

–Bonita ciudad, aunque está un poco lejos. ¿Has vivido siempre allí?

–Desde que tenía dieciocho años y fui a estudiar. Terminé la carrera y encontré un buen trabajo. Me gustó la ciudad y me quedé. Allí tengo ahora toda mi vida.

El camarero trajo la bebida y se fue. Era el momento oportuno para hacerme el listillo y demostrar mis dotes de deducción.

–Supongo que entonces estás aquí no por tu trabajo, sino por el mío.

–Sí. Estoy aquí solo por eso.

–Muy bien; pues estoy a tu disposición. Como por teléfono no me has preguntado nada sobre mis honorarios, podemos hablarlo ahora.

–No creo que sean un problema, pero ciertamente será mejor que hablemos de dinero antes de nada.

–Mi tarifa es de cien euros diarios más gastos. Nunca dilato los trabajos más de lo necesario, pero me gusta hacerlos bien. ¿Se trata de seguir a alguien?

–No.

–Lo suponía.

–¿Por qué?

–Porque no vendrías desde Barcelona para hacer seguir a una persona. Tu círculo seguramente estará en torno a ti, en tu ciudad y habrías escogido a un investigador local.

–Tienes razón. Necesito resolver un caso.

La cosa se ponía interesante. Seguir a alguien es fácil; sin embargo, resolver un caso es siempre un desafío.

–¿De qué se trata?

–Quiero saber quién mató a mi hermano.

Un asesinato. Eso son palabras mayores. Implica mayor aventura, pero también más riesgo casi siempre. Los asesinos no suelen ser simpáticos cuando se proponen no hacerlo. Y si te dedicas a investigarlos no les caes bien.

–¿Y quién era tu hermano?

–Bruno Mileti.

–¿El investigador? –pregunté sorprendido.

–Sí.

Pensé un momento la cuestión. Resultaba extraño que después de la curiosidad que había despertado en mí el suceso, la hermana de Bruno me encargase ahora encontrar a su asesino. Después de asimilar la sorpresa seguí hablando:

–La policía estará investigándolo ya. ¿Por qué quieres contratar a otra persona?

–Porque quiero estar segura de que aparece el culpable. No es que piense que la policía no lo va a encontrar, pero necesito, digamos, una segunda opinión. Además no confío en que el caso se resuelva rápidamente y mientras tanto quiero estar informada, no quiero que transcurran los meses y los años sin tener novedades para que finalmente se abandone la investigación.

–Entiendo.

Deduje que la mujer que tenía ante mí: a) tenía mucho dinero y b) quería mucho a su hermano.

—¿Y qué ocurre si yo no llego a más conclusiones que las que alcance la policía?

—Daré por bien empleado mi dinero y consideraré que he hecho lo que he podido por conocer la verdad y aceptaré que tanto la policía como tú habéis resuelto el caso, o bien, que habéis llegado tan lejos como se podía llegar.

Resoplé un poco a la vez que me removía en el asiento, pensé y volví a hablar.

—La verdad es que me parece una investigación de lo más interesante, pero tengo que decirte que no creo que sea fácil, salvo que las pistas que siga la propia policía sean muy claras y todo se resuelva de manera rápida y sin dudas. Por ejemplo, que aparezca un asesino confeso o que dejase la escena del crimen llena de huellas o que hubiese algún testigo ocular. Y tengo que añadir que ninguna de esas opciones me parece muy probable.

—¿Por qué?

—Porque estuve en el lugar de los hechos mientras la policía tomaba fotografías y lo que observé me dio a entender que no era obra de ningún chapucero. Me atrevería a decir que lo llevó a cabo un verdadero profesional.

—Entonces ya estás suponiendo que mi hermano tenía enemigos que son profesionales del crimen.

—No hay nada seguro, pero los tiros parecen ir en esa dirección. La persona que lo hizo fue, cuanto menos, meticulosa.

—Entonces... ¿Aceptas el caso?

—Lo acepto, pero debo recordarte que no saldrá barato. Utilizaré los medios que me resulten necesarios y sospecho que además puede ser una tarea ardua y larga.

–No hay problema. ¿Puedes decirme semanalmente la cantidad que llevo gastada?

–Por supuesto. Y como anticipo suelo pedir lo correspondiente a una semana de trabajo. A partir de ahí me conformo con cobrar por quincenas, gastos incluidos, ya sabes.

–Me parece bien. Aquí tienes el sueldo de la primera semana. –dijo mientras ya sacaba su cartera, tal vez como un gesto intencionado para dejar claro que era una persona que no se demoraba en cumplir con sus obligaciones– ¿Cuántos días trabajas?

–Siete, pero solamente cobro seis, por si acaso el domingo necesito descansar.

–Pues aquí están los primeros seiscientos. –Y depositó esa cantidad sobre la mesa en billetes de cincuenta y de veinte, que parecían sin estrenar. Los cogí y mientras los metía en el bolsillo comprobé disimuladamente al tacto que no eran falsos.

–Gracias. Y ahora que ya estoy trabajando, serás la primera persona a la que interroge. Todo lo que me digas acerca de tu hermano me será útil. Déjame sacar mi libreta. Puedes explayarte desde la infancia. Yo te iré preguntando en los momentos necesarios.

Comenzó un relato bastante detallado de la vida en común de ambos, hasta que ella se fue a estudiar, como ya me había dicho anteriormente. No extraje ninguna conclusión inesperada de ese período de la vida de Bruno. Todo cuanto me contó encajaba con lo que yo conocía de él. Había sido un niño tímido, bastante vago, que no sacaba muy buenas notas y que no se relacionaba muy bien con los demás. No era un niño muy popular, no destacaba en nada y se limitó a cometer pequeñas fechorías, como el resto. Tendía a cargar con las culpas, debido a su falta de picardía.

De lo que me iba diciendo Esther, se deducía que poco a poco, Bruno se fue aislando de la gente, pues no caía bien, otras personas más despiertas lo utilizaban y él lo aceptaba para sentirse integrado. Sin embargo, la relación con ella parecía haber sido siempre excelente, según la propia Esther me dijo:

–Bruno me admiraba desde pequeño. Él no tenía muchos amigos. Yo, sin embargo, no estaba casi nunca sola. Era extrovertida y segura de mí misma. Les gustaba a los chicos y tenía muchas amigas. Siempre fui cariñosa con él. Era mi hermano pequeño y me parecía adorable, si bien estaba casi siempre demasiado ocupada como para hacerle caso. Yo era la única que parecía aceptarlo tal y como era. Saltaba a la vista que era un desastre para todo y mis padres se lo recriminaban constantemente. Querían que fuera médico o algo parecido, pero hay cosas imposibles y a las personas no se las puede cambiar ni a base de discursos ni de ninguna manera. Yo sencillamente sabía que él tenía un buen fondo. Cuando tenía algún problema me lo contaba a mí y seguramente lo hubiera hecho mucho más a menudo si yo hubiese estado más tiempo en casa. Ahora me recuerda la conciencia, tantos años después... Por no haber escuchado a un niño que me pedía auxilio desesperadamente como un naufrago a la deriva buscando algo a lo que agarrarse, un poco de tierra que le diera seguridad.

–Me parece que estás descargando demasiada culpa sobre ti. Todos somos sensibles de pequeños y nos sentimos poco escuchados. Y todos pensamos solo en nosotros mismos durante la adolescencia. No eras su ángel de la guarda y seguramente no le causaste tanto daño como me estás queriendo describir.

–Puede ser. Pero después de este final...Siempre nos acordamos de las deudas no saldadas cuando ya es demasiado tarde y queremos volver atrás, aunque sea simple-